

## 10. Kong Qiu, maestro de letrados

### 10.1. *Vida de Kong Qiu*

El maestro por excelencia del pensamiento chino es Kong Qiu, más conocido en Occidente como *Confucius*, nombre latinizado por los jesuitas del siglo XVII a partir de *Kǒng fūzǐ*, maestro Kong.

Lo que sabemos de su vida es lo que podemos entresacar del *Lúnyǔ* o libro de sus dichos, del *Mèngzǐ* o libro de Meng Ke, del comentario de Zuo al *Chūnqiū* y, sobre todo, del capítulo 47 del *Shǐjì* de Sima Qian, escrito a finales del siglo -II y que recoge una gran cantidad de tradiciones anteriores. Esta última fuente es la más rica en datos, pero éstos sólo son de fiar si pueden contrastarse con las otras fuentes anteriores.

En el siglo -VIII los antepasados de Kong Qiu habían sido altos magnates en la corte de Song, que mantenía las tradiciones rituales de la dinastía Shang. En el siglo -VII perdieron su rango y posición y hubieron de emigrar hacia el norte, al vecino estado de Lu, donde se establecieron.

Kong Qiu nació el año -551 en Lu. Kong era su apellido de familia; Qiu, su nombre propio. Perdió a su padre cuando sólo contaba tres años de edad. Su madre volvió a casarse. La vida del joven Kong transcurría en un medio muy modesto, casi pobre. «Cuando era joven carecía de medios de fortuna, por lo que aprendí muchas habilidades menudas»<sup>1</sup>. Kong Qiu inició pronto su carrera como funcionario menor del estado de Lu, asumiendo al principio funciones modestas, como las de vigilante de almacenes o de ganados, a que alude Meng Ke: «Kong Qiu fue una vez vigilante de almacenes, y entonces decía: "Mis cuentas son exactas, no tengo que cuidarme de más." Otra vez fue encargado de las ovejas y las vacas, y decía: "Todo lo que me preocupa es que los corderos y las vacas estén gordos, fuertes y en excelente estado".»<sup>2</sup>

Pronto empezaron a notarse las calidades del joven Kong, que entró al servicio de la corte de Lu, donde tuvo oportunidad de profundizar en su estudio de los ritos y tradiciones, interrogando a los dignatarios de otras cortes que pasaban por allí. Al cabo de un tiempo dejó el servicio de la corte para viajar al vecino estado de Qi, al norte de Lu, donde permaneció una temporada. A su vuelta a Lu ya era un prestigioso letrado y un sabio famoso. Sus admiradores le animaban a que se reincorporase a la vida pública, al servicio del Estado. «Yang Huo llamó a Kong Qiu y le dijo: «Venid, hablemos. ¿Creeís que alguien que guarda una joya en su pecho y que de esta manera la esconde de sus paisanos puede ser llamado benevolente?» Kong Qiu respondió que no, y entonces, Yang Huo continuó: «¿Puede entonces llamarse sabio al que desea ocupar un cargo público y, sin embargo, no aprovecha la oportunidad?» A esto Kong Qiu también respondió negativamente. Yang Huo añá-

<sup>1</sup> *Lúnyǔ*, IX, 6.

<sup>2</sup> *Mèngzǐ*, V, B, 5. La traducción de esta cita, así como la de otras varias citas de los capítulos 10 y 12 de este libro se debe a Joaquín Pérez Arroyo.

dió: «Los días y los meses pasan y no se nos concederán más años.» Kong Qiu respondió: «Es cierto. Aceptaré un cargo público.»<sup>3</sup>

Kong Qiu ocupó durante varios años el puesto de prefecto de policía del estado de Lu, pero debido a las intrigas de ciertas grandes familias, hubo de dimitir de su cargo.

Aproximadamente entre el -497 y -484, Kong Qiu estuvo viajando por los estados de Wei, Song, Chen y Cai. Ya era un maestro famoso, acompañado en sus viajes por sus discípulos, con los que gozaba la hospitalidad de las cortes o padecía los infortunios de una época insegura y belicosa. Aceptó un puesto en la corte del soberano de Wei, pero lo amandonó cuando éste le empezó a hacer preguntas sobre asuntos militares. «El duque Ling de Wei preguntó a Kong Qiu sobre tácticas militares y Kong Qiu le respondió: "Yo he aprendido muchas cosas referentes a los ritos, pero nunca estudié nada relacionado con el ejército." Al día siguiente Kong Qiu partió.»<sup>4</sup> Kong tuvo que atravesar el estado de Song disfrazado, pues intentaban matarlo. Kong y sus discípulos pasaron por momentos difíciles al llegar a Chen. «Cuando, junto con sus discípulos, iba llegando a Chen, se les agotaron las provisiones y muchos del séquito se pusieron tan enfermos que eran incapaces de levantarse. Zilu, que veía esto con gran disgusto, dijo: «¿También el hombre superior tiene que pasar por estas miserias?» A lo que respondió Kong Qiu: «Cierto que sí, pero es el hombre vulgar el que pierde toda contención si tiene que sufrirlas.»<sup>5</sup> Las cosas mejoraron al aceptar Kong Qiu un puesto en la corte, pero en -489 Chen fue invadido por las tropas del estado de Wu. En estas difíciles circunstancias Kong y sus discípulos pasaron a Cai, para volver más tarde a Chen y otra vez a Wei, que a su vez estaba envuelto en una sangrienta lucha entre padre e hijo por el trono de

---

<sup>3</sup> *Lúnyǔ*, XVII, 1.

<sup>4</sup> *Lúnyǔ*, XV, 1.

<sup>5</sup> *Lúnyǔ*, XV, 1.

Wei. Finalmente, en -484, Kong volvió a su estado natal de Lu, donde permanecería hasta su muerte, cinco años después.

En estos últimos años Kong Qiu fue consejero menor de la corte de Lu, colacionó el *Chūnqiū*, la crónica del estado de Lu durante los anteriores dos siglos y medio, llamado a convertirse en uno de los clásicos chinos, se ocupó intensamente del *Shījīng* (clásico de los poemas) y de la música. Sobre todo *Kǒng fūzǐ*, el maestro Kong, lleno de experiencia y sabiduría, y en completa posesión de su filosofía, se dedicó a la formación de sus discípulos. Murió el año -479.

## 10.2. *La tradición de los letrados*

Durante la época arcaica<sup>6</sup> de la dinastía Zhou, China estaba organizada feudalmente. Por un lado estaban las cortes de los señores feudales, donde vivían los nobles y los altos cargos hereditarios —los *jūnzǐ*—, por otro, las aldeas campesinas, donde vivía la plebe, los *shùmín* o *xiǎorén*. Los maestros privados no existían. Las únicas escuelas eran las cortes, en que los nobles y los altos cargos cortesanos —los encargados de las ceremonias y el protocolo, los adivinos, los expertos militares, etc.— transmitían sus tradiciones, saberes y habilidades a sus hijos y parientes.

Como consecuencia de las numerosas guerras y cambios sociales, el sistema feudal chino empezó a descomponerse a partir del siglo -vii. Muchos nobles e hidalgos cortesanos perdieron sus tierras y sus cargos y tuvieron que huir de sus antiguas cortes. Faltos de su medio tradicional de sustentación, trataban de ganarse la vida ofreciendo sus habilidades y saberes en otras cortes o incluso a quien quisiera aprenderlas. El primer maestro privado de China fue precisamente Kong Qiu.

---

<sup>6</sup> Respecto a la China arcaica, véase J. Mosterín: *El pensamiento arcaico* (Alianza Editorial, Madrid 1983), capítulo 8.

En las cortes feudales había expertos hereditarios de varios tipos. Los más eruditos de entre ellos eran los *rú* o letrados. Tenían a su cargo la transmisión de los textos clásicos y la dirección de los ritos y el protocolo con ocasión de bodas, funerales, sacrificios a los antepasados y otras ceremonias. A partir del siglo -VII muchos de estos aristócratas letrados vinieron a menos y perdieron sus cargos, por lo que se vieron obligados a dispersarse por el país, ofreciendo su conocimiento de los clásicos y las ceremonias. Uno de ellos era Kong Qiu.

Kong Qiu fue el primer letrado que reunió discípulos provenientes de diversos principados, que lo seguían a donde quiera que fuese, con independencia de cualquier corte. Junto al maestro esperaban convertirse en hombres sabios, correctos y bien preparados para prestar servicios públicos.

La tradición atribuye a Kong la redacción de varios de los libros clásicos chinos, pero esto es una exageración, pues los libros clásicos proceden de la época anterior. Lo que es cierto es que Kong Qiu siempre tuvo un gran respeto por ellos, como todos los letrados, y que seguramente se preocupó de su correcta transmisión, fijando y colacionando el texto de alguno de ellos, en especial del *Chūnqiū*, la crónica del estado de Lu.

Kong Qiu no escribió nada él mismo. Todavía no se había «inventado» la escritura privada de libros. La escritura sólo se usaba para fines oficiales, en el contexto de las cortes. Más tarde se redactarían los primeros libros, y uno de ellos fue el *Lùnyǔ*, colección de dichos, anécdotas y aforismos de Kong Qiu, recogidos por sus discípulos. El *Lùnyǔ* es conocido a veces en Occidente como las «Analectas de Confucio».

### 10.3. Benevolencia y rectitud

El maestro Kong ensalzaba las virtudes de la benevolencia (*rén*) y la rectitud (*yì*).

La virtud del *yì* consiste en hacer en cada situación lo que es correcto, justo u obligatorio en ella, en cumplir siempre con el deber. Es una virtud formal, una especie de imperativo categórico situacional. Se opone al *lì* o beneficio. En una situación dada no hemos de preguntarnos por lo que nos conviene, por nuestro interés o *lì*, sino por nuestro deber, por lo que es justo o correcto o moralmente adecuado en esa situación, por el *yì*. Con esto Kong adopta una moral deontológica, no teleológica. Hay que hacer lo que hay que hacer por sí mismo, porque es lo justo o correcto, sin pensar en las consecuencias o el posible provecho. Sólo entonces actuamos moralmente, correctamente, conforme al *yì*. Si hacemos lo que tenemos que hacer, pero lo hacemos porque pensamos que nos conviene hacerlo, ya no actuamos moralmente. Esta posición es un claro precedente de la kantiana.

La contraposición entre deber y conveniencia, entre *yì* y *lì*, es típica. El maestro Kong decía: «El hombre superior está centrado en la rectitud (*yì*), el hombre vulgar en el beneficio (*lì*).»<sup>7</sup>

Más importante todavía que la virtud formal de la rectitud (*yì*) consideraba Kong Qiu la virtud material de la benevolencia (*rén*). La benevolencia inspira todas las acciones del caballero, del hombre superior, y va más allá del mero cumplimiento del deber, consiste en la solicitud por los demás y, en definitiva, en el amor a los demás. Como el mismo maestro Kong respondió a una pregunta por el *rén*, «la benevolencia consiste en amar a los demás hombres»<sup>8</sup>.

La palabra «benevolencia» (*rén*) es empleada a veces por Kong para designar la virtud perfecta o total. En efecto, de la benevolencia se siguen todas las virtudes, en especial la rectitud (*yì*) o cumplimiento del deber, de las obligaciones, de los ritos, que así ya no es un mero cumplimiento formal, y forzado, sino un cumplimiento

<sup>7</sup> *Lúnyǔ*, IV, 16.

<sup>8</sup> *Lúnyǔ*, XV, 28.

natural y espontáneo, que surge de dentro, de los buenos sentimientos de uno hacia los demás.

La benevolencia o amor a los demás encuentra su método o brújula en el *shù* (altruismo o compasión). Por el *shù* nos tomamos a nosotros mismos como analogía o punto de comparación que nos indica cómo comportarnos con los demás. A un discípulo que le preguntaba: «¿Hay alguna palabra que pueda servirme de guía hasta el fin de mis días?», Kong respondió: «Esta palabra es *shù*. Lo que no quieres que te hagan a ti no se lo hagas tú a los otros.»<sup>8</sup> El *shù* pertenece a la esencia misma de la benevolencia. Por eso a otro discípulo que le preguntaba en qué consistía la benevolencia, Kong le contestaba, «en no hacer a otros lo que no quieres que te hagan a ti»<sup>9</sup>. El *shù* es el método que nos ayuda a descubrir lo que los demás desean o no desean y a dirigir así nuestra benevolencia por los cauces más favorables para ellos.

La benevolencia no es algo meramente intelectual. No consiste solamente en saber lo que hemos de hacer a los demás (lo mismo que quisiéramos que ellos nos hicieran a nosotros) y lo que no hemos de hacerles (lo que no quisiéramos que ellos nos hicieran), sino que implica también un esfuerzo por nuestra parte para hacerlo realmente, para ponerlo en obra, una buena voluntad actuante, un poner todo nuestro empeño en ello. A esta virtud llama Kong la virtud de *zhōng*.

Una vez dijo el maestro Kong a un discípulo que toda su doctrina tenía un sólo fundamento. Al preguntarle sus compañeros lo que había querido decir Kong, el discípulo contestó: «La doctrina del maestro sólo consiste en los principios del *shù* (compasión) y del *zhōng* (esfuerzo bienintencionado).»<sup>10</sup> En efecto, si sabemos cómo comportarnos moralmente con los demás y si ponemos todo nuestro empeño en hacerlo, seremos benevolentes.

En la época áurea del feudalismo Zhou, los señores

---

<sup>8</sup> *Lúnyǔ*, XII, 2.

<sup>10</sup> *Lúnyǔ*, IV, 15.

feudales eran a la vez súbditos políticos del rey Zhou y parientes suyos, jefes de ramas laterales de la familia real. La relación de parentesco era la base de la relación política. El maestro Kong generalizó esta presunta situación anterior haciendo de la familia la base y el ejemplo de todas las relaciones sociales. Por eso la benevolencia, el amor a los demás, figura en lugar prominente.

Las relaciones de amor familiar no son todas idénticas. El amor del padre por el hijo no es idéntico, sino distinto al amor del hijo por el padre, que a su vez es distinto al amor del hermano por su hermano mayor o al amor entre esposos, etc. Las dos relaciones de amor familiar más importantes son el *xiǎo* o amor a los propios padres y el *tì* o amor al hermano mayor. Las demás relaciones sociales son una extensión de las familiares. Quien sea un buen padre será también un buen soberano. El buen hijo será un buen súbdito. «Es muy raro que alguien que sea bueno como hijo (*xiǎo*) y obediente como hermano menor (*tì*) tienda a ofender a sus superiores. Y quien no tiende a ofender a sus superiores tampoco se siente inclinado a iniciar una rebelión... La piedad filial y el amor fraternal son el origen de todas las acciones benevolentes.»<sup>11</sup>

Si la virtud suprema es la benevolencia, el amor que ésta implica no se dirige de modo idéntico e indiscriminado a todos los humanos, sino que se gradúa y acomoda a cada uno según su posición y nuestra relación con él. El amor y la benevolencia son máximos dentro de la familia, menores con los vecinos, menores con el resto de la aldea, menores con los forasteros, etc. Lo mismo ocurre con las clases sociales. En general la benevolencia debida a los demás es proporcional a lo próximo de nuestra relación con ellos.

La benevolencia desemboca también en el cumplimiento de las normas de etiqueta y ceremonia, en los ritos ancestrales. En efecto, los ritos no son sino la re-

<sup>11</sup> *Lúnyu*, I, 2.



sultante de las intuiciones de las generaciones pasadas acerca de la moralidad y la corrección. No podemos actuar moralmente olvidándolos. Pero la benevolencia nos permite cumplir los ritos de una manera natural y espontánea, procedente de dentro. Ello exige educación previa y disciplina, autodomínio, que sólo se adquiere a lo largo de una vida de estudio y esfuerzo. Por eso es tan difícil alcanzar la benevolencia. La benevolencia no nos viene dada por la naturaleza ni por los demás, hemos de adquirirla como resultado de nuestro propio esfuerzo. A un discípulo que le preguntaba sobre la benevolencia, el maestro Kong le dijo: «El autodomínio y la insistencia en los ritos es lo que tendrá como resultado la benevolencia. Si alguien puede dominarse a sí mismo y practicar los ritos, aunque no sea más que por un día, será calificado por todos de benevolente. La benevolencia tiene que proceder de uno mismo, no puede adquirirse de los demás.»<sup>12</sup>

El caballero cabal, el hombre superior, trata de cumplir su deber, de cumplir los ritos, de actuar correctamente. Para ello necesita autodomínio, necesita esforzarse. Pero tras una vida de esfuerzo puede alcanzar la benevolencia y la sabiduría. Esa sabiduría la alcanzó el maestro Kong al final de su vida, a los setenta años. «A los setenta años ya podía seguir lo que mi corazón deseara sin caer en incorrección ninguna.»<sup>13</sup> Kong actuaba espontáneamente, sin reflexión ni esfuerzo, y lo que fluía de su corazón coincidía con lo moral y lo correcto. Kong era ya un sabio perfecto.

#### 10.4. *Destino y mandato celeste*

La dinastía Zhou había justificado el derrocamiento de la dinastía Shang con la doctrina del mandato celeste (*Tiānmìng*). Según esta doctrina, el Cielo se preocupa

---

<sup>12</sup> *Lúnyǔ*, XII, 1.

<sup>13</sup> *Lúnyǔ*, II, 4.

por el bienestar de los humanos y confiere a un hombre —el rey— la tarea de conservar y promover tal bienestar. Ese mandato celeste es la base de la legitimidad del soberano. Si éste olvida su misión y sólo persigue su propio interés, el cielo le retira la tarea confiada y confiere el mandato celeste a otro hombre. Es lo que pasó con el primer soberano Zhou. Luego la doctrina se generalizó. Cada humano recibe un mandato celeste, que le conmina a cumplir con su deber en el marco global del designio del cielo. El mandato celeste es la base de la moralidad y el caballero trata de cumplirlo, pero es difícil de conocer. El mismo Kong reconoce no haberlo entendido hasta los cincuenta años <sup>14</sup>.

Quien conoce el mandato celeste que le concierne, quien sabe cuál es su deber, tiene que tratar de realizarlo, con independencia de consideraciones de interés, éxito o ni siquiera viabilidad. No lo hace por el resultado, sino por la acción misma, por cumplir su deber, aunque tenga grandes dudas respecto a que consiga lo que pretende. Alguien decía de Kong: «Ah, ese es el que, aun sabiendo que nada se puede hacer, lo intenta a pesar de todo.» <sup>15</sup>

El maestro Kong había entendido el mandato celeste a él dirigido: éste consistía en que tratase de reformar la sociedad china sobre bases de moralidad y benevolencia, restaurando los ritos y las virtudes del pasado. A partir de ese momento él lo intentaba, porque ése era su deber, aunque permaneciendo escéptico respecto a sus posibilidades de éxito. En efecto, el éxito depende del *Mìng*, del destino, y no de nosotros. «Si mis principios triunfan es porque así está dispuesto, si fracasan es porque así está dispuesto. ¿Qué puede hacer Gongbó Liao contra el destino?» <sup>16</sup>

No hay que confundir el mandato celeste, *Tiānmìng*, que es un imperativo moral, con el destino, *Mìng*. El

<sup>14</sup> *Lúnyǔ*, II, 4.

<sup>15</sup> *Lúnyǔ*, XIV, 41.

<sup>16</sup> *Lúnyǔ*, XIV, 38.

caballero se resigna al destino, que le sobrepasa y sobre el que carece de influencia, y trata de cumplir con su deber, con el mandato que el Cielo le hace. Lo único que depende de uno es su propio esfuerzo, su buena voluntad, su benevolencia. El resultado de las acciones y el éxito en la vida son imprevisibles y no dependen de nosotros ni de la moral, sino del incomprensible destino.

### 10.5. *La rectificación de los nombres*

Cada palabra, cada nombre tiene un significado. La aplicación correcta de esa palabra a algo implica que ese algo corresponda al significado de la palabra, posea las notas esenciales pertinentes. Pero con frecuencia ocurre que las palabras se aplican mal, que los nombres se predican de objetos o personas carentes de las notas esenciales correspondientes al significado de tales palabras. Entonces se genera una gran confusión. La perversión semántica se traslada al plano social y produce desorden y anarquía, pues las palabras han dejado de constituir puntos de referencia fiables. Por eso la regeneración de la sociedad ha de empezar por la «rectificación de los nombres» (*zhèngmíng*), por volver a un uso preciso y exigente de las palabras, que sólo deberán aplicarse en los casos que realmente lo merezcan.

Preguntado el maestro Kong por la primera medida que habría que tomar para ordenar el Estado, éste respondió: «Lo primero que hace falta es la rectificación de los nombres... Si los nombres no son correctos, las palabras no se ajustarán a lo que representan y, si las palabras no se ajustan a lo que representan, las tareas no se llevarán a cabo... y el pueblo no sabrá cómo obrar. En consecuencia, el hombre superior precisa que los nombres se acomoden a los significados y que los significados se ajusten a los hechos. En las palabras del hombre superior no debe haber nada impropio.»<sup>17</sup> Pregun-

---

<sup>17</sup> *Lúnyǔ*, XIII, 3.

tado en otra ocasión en qué consistía el buen gobierno, el maestro Kong respondió: «En que el soberano sea soberano; el ministro, ministro; el padre, padre, y el hijo, hijo.»<sup>18</sup> Sólo cuando el soberano nominal, el llamado soberano, sea de verdad un soberano, es decir, sólo cuando por su comportamiento y carácter tenga las cualidades y conducta propia de un soberano y lo mismo ocurra con los demás, sólo cuando cada uno cumpla con su deber y su función, sólo entonces la sociedad funcionará bien y estará bien gobernada.

---

<sup>18</sup> *Lúnyu*, XII, 11.